|  |
| --- |
| La jaula de hierro |
| Enfoque Weberiano sobre “jaula de hierro” en la teoría organizacional. |
| PRESENTA: MAESTRANTE VIRIDIANA FIGUEROA GARCIA |

TAPACHULA, CHIAPAS A 03 DE MAYO DEL 2015

OBJETIVO GENERAL:

Se presenta a continuación una investigación detallada de “la jaula de hierro” en la cual el diagnóstico de Weber sobre los efectos de la racionalización operada por la ciencia, y que tiene como consecuencia una racionalización de acuerdo a fines, lo lleva a plantear una imagen del último hombre como un ser degradado en su capacidad de goce y en su capacidad espiritual.

Max Weber es autor de una obra vasta y difícil, que abarca múltiples áreas de la sociología. Falleció antes de dar término a la que probablemente sea su obra más accesible y sistemática, *Economía y sociedad*, en dos tomos, concluida luego por su viuda con noble espíritu pero discutible fortuna. Sin embargo, nadie podría equivocarse si eligiera como eje de una presentación de Max Weber el párrafo inicial de su obra más famosa, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo.*

Los fenómenos que se le presentan como propios de Occidente, madurados únicamente en Occidente, y que parecieran tener un alcance universal, son los de la racionalización. La sociedad occidental es para Weber una sociedad racionalizada, y la pregunta que él se plantea, por ende, es a qué se debe que el racionalismo madurara en Occidente. Y se pregunta además si ese racionalismo ha de tener alcance histórico universal. El eje de la reflexión weberiana se articula, entonces, en torno a esta pregunta por los procesos de racionalización y a su diagnóstico de la sociedad contemporánea —es decir, contemporánea de él. Por cierto, Weber fue uno de los más grandes diagnosticadores de la sociedad europea de la primera mitad de este siglo. Pero el carácter de su diagnóstico sólo se revela una vez que se han comprendido las premisas en que se basa su análisis del proceso de racionalización.

Esas premisas tienen un esquema relativamente fácil de exponer. Weber entiende la racionalización como un proceso que se despliega desde el ámbito de la cultura hacia el ámbito de la sociedad. Y entiende que ese proceso de racionalización opera en forma principal al interior de los grandes sistemas hierocráticos, es decir, de los grandes sistemas de sentido que, para él, son las religiones universales. El punto clave en su pensamiento es que las religiones se encuentran sometidas a un proceso de racionalización creciente, que se podría denominar intelectualización, y que termina expresándose en cuerpos teológicos coherentes, consistentes y sistemáticos.

Hay, por ende, una primera racionalización en los cuerpos teológicos, que se debe al hecho de que las religiones tienen que explicar por qué Dios ha reado un mundo donde hay mal, mucho mal, y poco bien: donde hay tantos que sufren y tan pocos que son felices, donde hay tantos que tienen muy poco y muy pocos que tienen mucho. Eso, que crea un problema a ser explicado, es lo que se denomina el problema de la teodicea:

Por qué creó Dios este mundo, que a todas luces no parece ser el mejor de los mundos posibles. Y en el intento por resolver ese dilema de la teodicea, las religiones se sistematizan, se racionalizan, se intelectualizan.

La consecuencia de esa paulatina racionalización de las religiones universales se manifiesta en dos ámbitos. Uno, en la elaboración de grandes cuerpos teológicos, grandes sistemas de interpretación del mundo, del hombre, del cosmos. Otro, en la racionalización del modo de conducir la vida de los creyentes. Es decir, a medida que se van racionalizando las religiones, también tienden a racionalizarse las conductas de vida de los creyentes. Y ése es, precisamente, el gran indicador que utiliza Weber para decidir cuál religión es más racional.

El racionalismo moderno corre, según Weber, por un riel distinto, ya no es el riel de los sistemas religiosos que se racionalizan y con ello impulsan conductas e instituciones racionales, sino que es el riel de una razón que se independiza de los sistemas religiosos y da lugar a una forma peculiar de racionalismo. Se podría tomar exactamente el mismo esquema de racionalización cultural, racionalización en el modo de conducir la vida y racionalización de las instituciones sociales, para presentar lo que es, de acuerdo a Weber, el racionalismo típicamente moderno, el racionalismo occidental contemporáneo. Y si tomamos este modelo de Weber, debiéramos situar en el origen el problema de las ciencias.

Para Weber, en efecto, el punto desencadenante del racionalismo occidental es la aparición de los grandes sistemas de la ciencia contemporánea, principalmente por el hecho de que la ciencia opera un desencantamiento radical del mundo. El mundo científico es uno en el cual las preguntas por el sentido han quedado definitivamente desplazadas, en el cual no cabe formular —ni mucho menos responder— las preguntas por el sentido, y eso es exactamente lo opuesto de los grandes sistemas religiosos, que son grandes sistemas de sentido que contestan las preguntas por el sentido de la vida y de la muerte, connaturales al hombre.

En su libro *La ciencia como vocación*, Weber cita a Tolstoi y retoma su pregunta de si para el hombre contemporáneo tiene sentido la muerte. Weber dice que ella puede tener sentido en las esferas particulares, pero que el mundo, la cultura contemporánea no es capaz de plantearse, ni

mucho menos de responder, tal interrogante. Habría, pues, un primer momento de racionalización cultural propio de Occidente, que es precisamente cuando la ciencia saca del horizonte de la cultura la pregunta por el sentido, y por ende logra una racionalización completa de los sistemas de explicación del cosmos. Pero esto último ha sido a costa de la pregunta por el sentido.

Uno de los textos más hermosos de Weber es justamente *La ciencia como vocación*, donde reflexiona sobre muchos de estos problemas. Cuando inicia el planteamiento del tema hace una afirmación categórica: “Las ciencias, si algo hacen, es hacer extinguir radicalmente la fe en que pueda haber cosa así como un sentido del mundo”. El mundo occidental es un mundo cabalmente racionalizado, y eso significa un mundo donde el sentido y las preguntas por el sentido han desaparecido, y la consecuencia de ese mundo es naturalmente que en lo concerniente al sentido ya no puede haber una respuesta única. La religión respondía a la pregunta del sentido ofreciendo una respuesta sistemática y unitaria. La ciencia desplaza la pregunta por el sentido y, por ende, esta pregunta puede ser ahora retomada y contestada de múltiples maneras.

Esta es la idea que formula Weber, siguiendo una frase de Mill, cuando dice que la cultura contemporánea se caracteriza por un renacer del politeísmo, y lo expresa reiteradamente: dice que para cada individuo, según la posición que adopte en definitiva, lo uno es diablo y lo otro es dios, y el propio individuo deberá decidir cuál es dios y cuál es diablo para él; y más adelante afirma: “los múltiples dioses antiguos, privados de su encanto de poderes impersonales, salen de sus tumbas, pretenden el dominio sobre nuestra vida y reanudan entre ellos su lucha perenne”. La cultura racionalizada del Occidente moderno es, por ende, una cultura desencantada, cientifizada, que abandona el problema del sentido a una lucha permanente entre dioses contradictorios: una sociedad desencantada y, en ese contexto de desencantamiento, una sociedad politeísta.

Por último, si se aborda la etapa final de este triple proceso de racionalización, se ve aparecer el problema de las instituciones racionales del Occidente moderno. En este contexto Weber elabora su teoría de la burocratización como una jaula de hierro. Para Weber esta racionalidad que se despliega de acuerdo a fines es una racionalidad que lleva al surgimiento de instituciones sociales extraordinariamente eficientes, extremadamente racionales, pero que constituyen una amenaza creciente para la libertad de los individuos. En este punto es conveniente asociar siempre a Max Weber con Franz Kafka —quien, de hecho, estudió con Weber en Alemania—, así como con la imagen de un mundo en el que ya no hay sentido y en el que se dan procedimientos capaces de agotar y perder a cualquiera. Idea retomada y magníficamente expuesta por Kafka, pero que expresa de manera contundente el diagnóstico que hizo Weber de su época: un mundo desencantado, sin sentido, burocratizado hasta el extremo mismo de poner en seria amenaza la libertad de los hombres.

Para Weber esta burocratización se despliega, básicamente, en las figuras de la empresa moderna y del Estado moderno. En la figura de la empresa moderna, la burocratización atañe a la forma que asume el trabajo. Y es que Weber escribe durante una época en la cual el taylorismo ha triunfado, en la cual el fordismo ha logrado ocupar un puesto relevante como reorganización del trabajo industrial: es decir, una burocratización del mundo empresarial que es, en verdad, una racionalización llevada al extremo de determinar hasta los movimientos del cuerpo humano, el cual está, según diría Marx, adosado como una especie de apéndice de una máquina. Ése es el mundo de la burocracia, un mundo no sólo de reglamentos, sino un mundo que racionaliza hasta los propios movimientos del cuerpo del hombre.

Conclusión:

La jaula de hierro es una sociedad radicalmente racionalizada bajo la forma de una burocracia, y bien sabemos hoy que esta fusión de las burocracias pública y privada se dio históricamente en los casos del nacionalsocialismo y del socialismo soviético. Los niveles de horror que estas formas introdujeron en la memoria de los hombres superan con mucho los peores pronósticos de Weber, por ello en algunas aplicaciones en la vida cotidiana no son tan satisfactoria dependiendo el ámbito de su aplicación ya sea religión o sociedad.